

Duelo de plumas: Góngora y Quevedo. Teatro Español. 28.4.2014.
 «Cómicos de la lengua».

Góngora	Quevedo
PRIMERA INTERVENCIÓN DE DON JOSÉ MANUEL BLECUA	
1. Hermana Marica	
2. La más bella niña... (dejadme llorar)	1. Que un corazón lastimado (¿qué puede ser?) 2. Es hielo abrasador, es fuego helado
3. Ya no más, ceguezuelo hermano....	3. Este amor que yo alimento
4. Mientras por competir con tu cabello...	4. ¡Ah de la vida! ¿Nadie me responde?
5. ¡Oh excelso muro...	5. Miré los muros de la patria mía...
SEGUNDA INTERVENCIÓN DE DON JOSÉ MANUEL BLECUA	
6. Fábula de Polifemo y Galatea (fragmento)	6. Fábula de Dafne y Apolo
7. Soledad primera (fragmento)	
	7. Himno a las estrellas

Selección de textos a partir de las siguientes obras:

Francisco de Quevedo. *Obra Poética*. Edición José Manuel Blecua. Editorial Castalia. Madrid. 1971.

Luis de Góngora. *Antología Poética*. Edición de Antonio Carreira. Crítica. Barcelona. 2009.

[Intervención de don José Manuel Blecua.](#)

1. Góngora:

Hermana Marica,
mañana, que es fiesta
no irás tú a la amiga
ni yo iré a la escuela.

Pondráste el corpiño
y la saya buena,
cabezón labrado,
toca y albanega;

y a mí me pondrán
mi camisa nueva,
sayo de palmilla,
media de estameña,

y si hace bueno
trairé la montera
que me dio la Pascua
mi señora abuela,
y el estadal rojo
con lo que le cuelga
que trajo el vecino
cuando fue a la feria.

Iremos a misa,
veremos la iglesia,
darános un cuarto
mi tía la ollera;

compraremos de él
(que nadie lo sepa)
chochos y garbanzos
para la merienda.

Y en la tardecica
en nuestra plazuela
jugaré yo al toro,
y tú a las muñecas

con las dos hermanas,
Juana y Madalena,
y las dos primillas,
Marica y la tuerta.

Y si quiere madre
dar las castañetas,
podrás tanto dello
bailar en la puerta,
y al son del adufe
cantará Andrehuela:
*No me aprovecharon,
madre, las hierbas.*

Y yo, de papel,
haré una librea
teñida con moras
porque bien parezca,
y una caperuza
con muchas almenas;
pondré por penacho
las dos plumas negras
del rabo del gallo
que acullá en la huerta
anaranjeamos
las carnestolendas;
y en la caña larga
pondré una bandera
con dos borlas blancas
en sus tranzaderas;
y en mi caballito
pondré una cabeza
de guadamecí,
dos hilos por riendas,
y entraré en la calle
haciendo corvetas;
yo y otros del barrio,
que son más de treinta,
jugaremos cañas
junto a la plazuela,
por que Barbolilla
salga acá y nos vea:
Bárbola, la hija
de la panadera,
la que suele darme
tortas con manteca,
porque algunas veces
hacemos yo y ella
las bellaquerías
detrás de la puerta.

2.

La más bella niña
de nuestro lugar,
hoy viuda y sola,
y ayer por casar,
viendo que sus ojos
a la guerra van,
a su madre dice,
que escucha su mal:

*«Dejadme llorar
orillas del mar.*

»Pues me distes, madre,
en tan tierna edad
tan corto el placer,
tan largo el pesar,
y me cautivastes
de quien hoy se va
y lleva las llaves
de mi libertad,
*dejadme llorar
orillas del mar.*

»En llorar conviertan
mis ojos, de hoy más,
el sabroso oficio
del dulce mirar,
pues que no se pueden
mejor ocupar,
yéndose a la guerra
quien era mi paz.
*Dejadme llorar
orillas del mar.*

»No me pongáis freno
ni queráis culpar,
que lo uno es justo,
lo otro por demás;
si me queréis bien,
no me hagáis mal:
harto peor fuera
morir y callar.
*Dejadme llorar
orillas del mar.*

»Dulce madre mía,
¿quién no llorará,
aunque tenga el pecho
como un pedernal,

y no *dará* voces,
viendo marchitar
los más verdes años
de mi mocedad?
Dejadme llorar
orillas del mar.

»Váyanse las noches,
pues ido se han
los ojos que hacían
los míos velar;
váyanse, y no vean
tanta soledad,
después que en mi lecho
sobra la mitad.
Dejadme llorar
orillas del mar».

1. Quevedo: LETRILLA LÍRICA [*¿Qué puede ser?*]

Que un corazón lastimado,
a quien ha dado el Amor
por premio eterno dolor,
por alimento el cuidado;
constante, que no obstinado,
sólo tema en mal tan grave
que se acabe o que le acabe;
ved lo que llega a temer:
¿qué puede ser?

Que muestre tanto desdén
hermosura celestial,
que a sí misma se haga mal,
por sólo no hacerme bien;
que invidien los que la ven
mi pena, y que yo la estime,
y que nadie se lastime
cuando me ven padecer,
¿qué puede ser?

Que esté ardiendo en rayos rojos
y en vivo llanto deshecho;
que, estando abrasado el pecho,
agua derramen mis ojos;
que maltrate sus despojos
quien venció con tanta gloria;
que en despreciar su victoria
muestre todo su poder,
¿qué puede ser?

Que me llamen “sin ventura”
es lo que más he sentido,
habiendo yo merecido
penar por tanta hermosura;
que llamen mi amor locura,
porque amo sin esperar,
sabiendo que es agraviar
esperar sin merecer,
¿qué puede ser?

Que me muestre yo contento
de este mal que no se entiende;
que estime a quien más me ofende,
cuando crece mi tormento;
que me acredite avariento
de su rigor y mi mal,
siendo sólo liberal

del penar y padecer,
¿qué puede ser?

Que no se quiera apiadar,
y que esté yo en su cadena
tan contento con mi pena
como ella en verme penar;
que venga yo a desear
al dolor, que es mi homicida,
más vida que no a mi vida,
por no verle fenecer,
¿qué puede ser?

2. SONETO AMOROSO DEFINIENDO EL AMOR

Es yelo abrasador, es fuego helado,
es herida que duele y no se siente,
es un soñado bien, un mal presente,
es un breve descanso muy cansado;

es un descuido, que nos da cuidado,
un cobarde, con nombre de valiente,
un andar solitario entre la gente,
un amar solamente ser amado;

es una libertad encarcelada,
que dura hasta el postrero parasismo;
enfermedad que crece si es curada.

Éste es el niño Amor, éste es tu abismo.
¡Mirad cuál amistad tendrá con nada
el que en todo es contrario de sí mismo!

3. Góngora:

*Ya no más, ceguezuelo hermano,
ya no más.*

Baste lo flechado, Amor,
más munición no se pierda;
afloja al arco la cuerda
y la causa a mi dolor,
que en mi pecho tu rigor
escriben las plumas juntas,
y en las espaldas las puntas
dicen que muerto me has.

*Ya no más, ceguezuelo hermano,
ya no más.*

Para el que a sombras de un robre
sus rústicos años gasta,
el segundo tiro basta,
cuando el primero no sobre;
basta para un zagal pobre
la punta de un alfiler;
para Bras no es menester
lo que para Fierabrás.

*Ya no más, ceguezuelo hermano,
ya no más.*

Tan asaeteado estoy,
que me pueden defender
las que me tiraste ayer
de las que me tiras hoy;
si ya tu aljaba no soy,
bien a mal tus armas echas,
pues a ti te faltan flechas
y a mí donde quepan más.

*Ya no más, ceguezuelo hermano,
ya no más.*

3. Quevedo: PASIONES DE AUSENTE ENAMORADO

Este amor que yo alimento
de mi propio corazón,
no nace de inclinación,
sino de conocimiento.

Que amor de cosa tan bella,
y gracia que es infinita,
si es elección, me acredita;
si no, acredita mi estrella.

Y ¿qué deidad me pudiera
inclinara a que te amara,
que ese poder no tomara
para sí, si le tuviera?

Corrido, señora, escribo
en el estado presente,
de que, estando de ti ausente,
aun parezca que estoy vivo.

Pues ya en mi pena y pasión,
dulce Tirsis, tengo hechas
de las plumas de tus flechas
las alas del corazón.

Y sin poder consolarme,
ausente, y amando firme,
más hago yo en no morirme
que hará el dolor en matarme.

Tanto he llegado a quererte,
que siento igual pena en mí,
del ver, no viéndote a ti,
que adorándote, no verte.

Si bien recelo, señora,
que a este amor serás infiel,
pues ser hermosa y cruel
te pronostica traidora.

Pero traiciones dichas
serán, Tirsis, para mí,
por ver dos caras en ti,
que han de ser por fuerza hermosas.

Y advierte que en mi pasión
se puede tener por cierto,
que es decir ausente y muerto,
dos veces una razón.

4. Góngora:

Mientras por competir con tu cabello
oro bruñido al sol relumbra en vano;
mientras con menosprecio en medio el llano
mira tu blanca frente el lilio bello;

mientras a cada labio, por cogello,
siguen más ojos que al clavel temprano,
y mientras triunfa con desdén lozano
del luciente cristal tu gentil cuello:

goza cuello, cabello, labio y frente,
antes que lo que fue en tu edad dorada
oro, lilio, clavel, cristal luciente

no sólo en plata o víola troncada
se vuelva, mas tú y ello juntamente
en tierra, en humo, en polvo, en sombra, en nada.

4. Quevedo: REPRESENTASE LA BREVEDAD DE LO QUE SE VIVE Y CUÁN NADA PARECE LO QUE SE VIVIÓ

“¡Ah de la vida!”... ¿Nadie me responde?
¡Aquí de los antaños que he vivido!
La Fortuna mis tiempos ha mordido;
las Horas mi locura las esconde.

¡Que sin poder saber cómo ni adónde
la salud y la edad se hayan huido!
Falta la vida, asiste lo vivido,
y no hay calamidad que no me ronde.

Ayer se fue; mañana no ha llegado;
hoy se está yendo sin parar un punto:
soy un fue, y un será, y un es cansado.

En el hoy y mañana y ayer, junto
pañales y mortaja, y he quedado
presentes sucesiones de difunto.

5. Góngora:

¡Oh excelso muro, oh torres coronadas
de honor, de majestad, de gallardía!
¡Oh gran río, gran rey de Andalucía,
de arenas nobles, ya que no doradas!

¡Oh fértil llano, oh sierras levantadas,
que privilegia el cielo y dora el día!
¡Oh siempre gloriosa patria mía,
tanto por plumas cuanto por espadas!:

si entre aquellas ruinas y despojos
que enriquece Genil y Dauro baña
tu memoria no fue alimento mío,

nunca merezcan mis ausentes ojos
ver tu muro, tus torres y tu río,
tu llano y sierra, ¡oh patria, oh flor de España!

5. Quevedo: SALMO XVII

Miré los muros de la patria mía,
si un tiempo fuertes, ya desmoronados,
de la carrera de la edad cansados,
por quien caduca ya su valentía.

Salime al campo: vi que el sol bebía
los arroyos del yelo desatados,
y del monte quejosos los ganados,
que con sombras hurtó su luz al día.

Entré en mi casa; vi que, amancillada,
de anciana habitación era despojos;
mi báculo, más corvo y menos fuerte;

vencida de la edad sentí mi espada.
Y no hallé cosa en que poner los ojos
que no fuese recuerdo de la muerte.

Segunda intervención de don José Manuel Blecua.

6. Góngora: FÁBULA DE POLIFEMO Y GALATEA (fragmento)

Donde espumoso el mar Siciliano
el pie argenta de plata al Lilibeo,
bóveda o de las fraguas de Vulcano
o tumba de los huesos de Tifeo,
pálidas señas cenizoso un llano,
cuando no del sacrílego deseo,
del duro oficio da; allí una alta roca
mordaza es a una gruta de su boca.

Guarnición tosca de este escollo duro
truncos robustos son, a cuya greña
menos luz debe, menos aire puro,
la caverna profunda que a la peña;
caliginoso lecho, el seno obscuro
ser de la negra Noche nos lo enseña
infame turba de nocturnas aves
gimiendo tristes y volando graves.

De este, pues, formidable de la tierra
bostezo el melancólico vacío
a Polifemo, horror de aquella sierra,
bárbara choza es, albergue umbrío
y redil espacioso donde encierra
cuanto las cumbres ásperas cabrío
de los montes esconde: copia bella
que un silbo junta y un peñasco sella.

Un monte era de miembros eminente
este (que, de Neptuno hijo fiero,
de un ojo ilustra el orbe de su frente,
émulo casi del mayor lucero)
cíclope, a quien el pino más valiente
bastón, le obedecía, tan ligero,
y al grave peso junco tan delgado,
que un día era bastón y otro cayado.

Negro el cabello, imitador undoso
de las obscuras aguas del Leteo,
al viento que lo peina proceloso
vuela sin orden, pende sin aseo;
un torrente es su barba impetuoso,
que, adusto hijo de este Pirineo,
su pecho inunda, o tarde o mal o en vano
surcada aun de los dedos de su mano.

No la Trinacria en sus montañas fiera
armó de crueldad, calzó de viento,
que redima feroz, salve ligera
su piel manchada de colores ciento:
pellico es ya la que en los bosques era
mortal horror al que con paso lento
los bueyes a su albergue reducía
pisando la dudosa luz del día.

6. Quevedo: DE DAFNE Y APOLO. FÁBULA (fragmento)

Delante del Sol venía
corriendo Dafne, doncella
de extremada gallardía,
y en ir delante tan bella,
nueva aurora parecía.

Cansado más de cansalla
que de cansarse a sí Febo,
a la amorosa batalla
quiso dar principio nuevo,
para mejor alcanzalla.

Mas viéndola tan cruel,
dio mil gritos doloridos,
contento el amante fiel
de que alcancen sus oídos
las voces, ya que no él.

Mas envidioso de ver
que han de gozar gloria nueva
las palabras en su ser,
con el viento que las lleva
quiso parejas correr.

Pero su padre, celoso,
en su curso cristalino
tras ella corrió furioso,
y en medio de su camino
los atajó sonoro. ”

El Sol corre por seguilla;
por huir corre la estrella;
corre el llanto por no vella;
corre el aire por oílla,
y el río por socorrella.

Atrás los deja arrogante,
y a su enamorado más,
que ya, por llevar triunfante
su honestidad adelante,
a todos los deja atrás.

Mas, viendo su movimiento,
dio las razones que canto,
con dolor y sin aliento,
primero al correr del llanto
y luego al volar del viento:

“Di, ¿por qué mi dolor creces
huyendo tanto de mí
en la muerte que me ofreces?
Si el sol y luz aborreces,
huye tú misma de ti.

”No corras más, Dafne fiera,
que en verte huir furiosa
de mí, que alumbro la esfera,
si no fueras tan hermosa,
por la Noche te tuviera.

”Ojos que en esa beldad
alumbráis con luces bellas
su rostro y su crueldad,
pues que sois los dos estrellas,
al Sol que os mira, mirad.

”En mi triste padecer
y en mi encendido querer,
Dafne bella, no sé cómo
con tantas flechas de plomo
puedes tan veloz correr.

”Ya todo mi bien perdí;
ya se acabaron mis bienes;
pues hoy, corriendo tras ti,
aun mi corazón, que tienes,
alas te da contra mí.”

7. Góngora: SOLEDAD PRIMERA (fragmento)

Era del año la estación florida
en que el mentido robador de Europa
(media luna las armas de su frente,
y el Sol todo los rayos de su pelo),
 luciente honor del cielo,
en campos de zafiro pace estrellas,
cuando el que ministrar podía la copa
a Júpiter mejor que el garzón de Ida,
náufrago y desdeñado sobre ausente,
lagrimosas de amor dulces querellas
 da al mar; que condolido,
 fue a las ondas, fue al viento
 el mísero gemido
segundo de Aríón dulce instrumento.
Del siempre en la montaña opuesto pino
 al enemigo noto,
 piadoso miembro roto,
breve tabla, delfín no fue pequeño
al inconsiderado peregrino
que a una Libia de ondas su camino
 fió, y su vida a un leño.
Del océano, pues, antes sorbido,
 y luego vomitado
no lejos de un escollo coronado
de secos juncos, de calientes plumas,
 alga todo y espumas,
halló hospitalidad donde halló nido
 de Júpiter el ave.
Besa la arena, y de la rota nave
 aquella parte poca
que le expuso en la playa dio a la roca,
 que aun se dejan las peñas
lisonjear de agradecidas señas.
Desnudo el joven, cuanto ya el vestido
 océano ha bebido,
restituir le hace a las arenas;
 y al Sol lo extiende luego,
 que lamiéndolo apenas
su dulce lengua de templado fuego,
lento lo embiste, y con süave estilo
la menor onda chupa al menor hilo.

7. Quevedo: HIMNO A LAS ESTRELLAS

A vosotras, estrellas,
alza el vuelo mi pluma temerosa,
del piélagos de luz ricas centellas;
lumbres que enciende triste y dolorosa
a las exequias del difunto día,
güérfana de su luz, la noche fría;

ejército de oro,
que, por campañas de zafir marchando,
guardáis el trono del eterno coro
con diversas escuadras militando;
Argos divino de cristal y fuego,
por cuyos ojos vela el mundo ciego;

señas esclarecidas
que, con llama parlera y elocuente,
por el mudo silencio repartidas,
a la sombra servís de voz ardiente;
pompa que da la noche a sus vestidos,
letras de luz, misterios encendidos;

de la tiniebla triste
preciosas joyas, y del sueño helado
galas, que en competencia del sol viste;
espías del amante recatado,
fuentes de luz para animar el suelo,
flores lucientes del jardín del cielo,

vosotras, de la luna
familia relumbrante, ninfas claras,
cuyos pasos arrastran la Fortuna,
con cuyos movimientos muda caras,
árbitros de la paz y de la guerra;
que, en ausencia del sol, regís la tierra;

vosotras, de la suerte
dispensadoras, luces tutelares
que dais la vida, que acercáis la muerte,
mudando de semblante, de lugares;
llamas, que habláis con doctos movimientos,
cuyos trémulos rayos son acentos;

vosotras, que enojadas,
a la sed de los surcos y sembrados
la bebida negáis, o ya abrasadas
dais en ceniza el pasto a los ganados,
y si miráis benignas y clementes,
el cielo es labrador para las gentes;

vosotras, cuyas leyes
guarda observante el tiempo en toda parte,
amenazas de príncipes y reyes
si os aborta Saturno, Jove o Marte;
ya fijas vais, o ya llevéis delante
por lúbricos caminos greña errante,

si amasteis en la vida
y ya en el firmamento estáis clavadas,
pues la pena de amor nunca se olvida,
y aun suspiráis en signos transformadas,
con Amarilis, ninfa la más bella,
estrellas, ordenad que tenga estrella.

Si entre vosotras una
miró sobre su parto y nacimiento
y della se encargó desde la cuna,
dispensando su acción, su movimiento,
pedidla, estrellas, a cualquier que sea,
que la incline siquiera a que me vea.

Yo, en tanto, desatado
en humo, rico aliento de Pancaya,
haré que, peregrino y abrasado,
en busca vuestra por los aires vaya;
recataré del sol la lira mía
y empezaré a cantar muriendo el día.

Las tenebrosas aves,
que el silencio embarazan con gemido,
volando torpes y cantando graves,
más agüeros que tonos al oído,
para adular mis ansias y mis penas,
ya mis musas serán, ya mis sirenas.